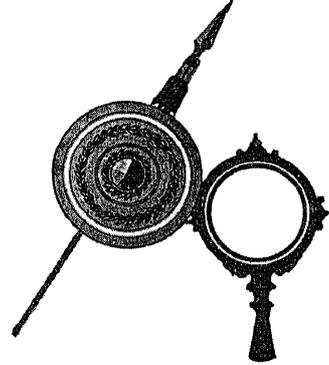
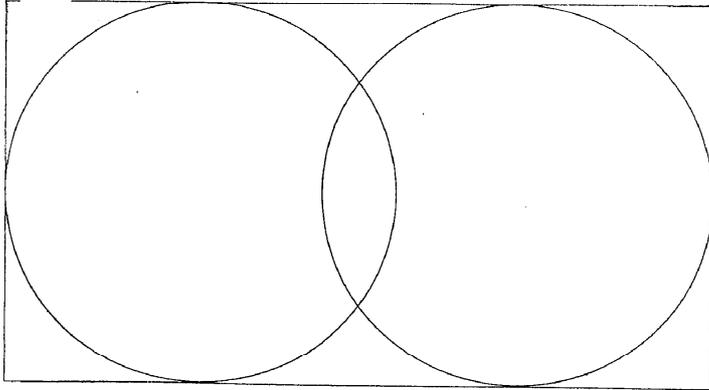


SEXOLOGIA



LA EDUCACION SANITARIA EN LA PROFILAXIS DE LAS SEXOPATIAS

por JUAN CODERCH DE SANS

Repercusión social de las sexopatías

Aun dada su especial naturaleza, generalmente oculta a los ojos del gran público, no cabe dudar de la fuerte repercusión social de las anomalías sexuales. Aparte de los frecuentes casos de crímenes motivados por una aberración sexual (como en los tristemente famosos de Peter Kurten en Alemania, John R. Haliday Christie y Jack, el Destripador en Inglaterra, etc.) existen infinidad de individuos, cuya anormalidad sexual es causa, no solamente de su total infelicidad e inadaptación a la vida, sino también de los sufrimientos de muchos de quienes con ellos conviven, con la inevitable repercusión de tal malestar en las esferas social, laboral, familiar, etc. En los casos en los que el portador de alguna aberración sexual contrae matrimonio, el cónyuge deberá sopor-

tar la pesada carga de tal anomalía, siendo inevitables el resentimiento mutuo y la discordia que de ella se originarán. Si existen hijos de tal matrimonio, las consecuencias que sobre él recaerán serán aún más nefastas.

Probablemente es la homosexualidad, por su extraordinaria frecuencia, la sexopatía de mayor trascendencia social. Aunque diversos investigadores lo han intentado, es difícil asegurar con certeza el número de homosexuales que existen en la civilización occidental. Según las encuestas realizadas por KINSEY y colaboradores, en los Estados Unidos de Norteamérica, el 37 % de los varones y el 13 % de las mujeres han tenido contactos homosexuales hasta llegar al orgasmo. Aun cuando estas estadísticas valen tan sólo para la nación en que fueron efectuadas, y la tendencia general es la de conside-

rar que resultan algo exageradas, es innegable que el número de individuos que han llevado a cabo contactos homosexuales en el transcurso de su vida es realmente considerable. Desde el punto de vista social, la homosexualidad constituye un problema de considerables dimensiones, y fuente de constantes delitos y alteraciones de la ley. Otra consecuencia de la homosexualidad estriba en la perversión de jóvenes y niños, ya que algunas veces el homosexual ocupa cargos o posiciones sociales como maestro, preceptor, jefe de grupos juveniles, etc., de los cuales se vale para establecer relaciones sexuales con los niños y adolescentes confiados a su custodia. El chantaje y las toxicomanías son otras frecuentes secuelas de la homosexualidad.

Importancia de las relaciones familiares

Las relaciones con los padres y las de éstos entre sí juegan un importante papel en la génesis de las sexopatías, por lo que el hogar debe ser el foco principal hacia el cual se dirija la acción profiláctica cabe las anomalías sexuales.

Aun cuando no es posible reproducir en este breve trabajo toda la teoría de la evolución sexual, es preciso mencionar la importancia de las relaciones madre-hijo en los primeros meses de la vida del niño para el desarrollo sano de la personalidad y, por tanto, de la sexualidad. Desde los trabajos de SPITZ, sabemos la absoluta necesidad de afecto y amor que presenta el niño, hasta el punto de que si el grado de amor que recibe no alcanza un nivel mínimo, difícil de delimitar pero ciertamente existente, el desarrollo sufre un notable retraso, tanto en su aspecto somático como en el psíquico, aumentando de forma impresionante el riesgo de emortalidad (estadísticamente comprobada en aquellas Instituciones en las que, aun

cuando los niños gozan de todos los cuidados desde el punto de vista alimenticio y medicamentoso, los pequeños en ellas acogidos se ven privados del afecto de la madre o de una persona substitutiva de ella). Es importante hacer notar que el déficit intelectual que presentan tales niños, como consecuencia del estancamiento en el desarrollo mental, se presenta como definitivamente irrecuperable, a pesar de que posteriormente se les prodigue todo el cariño de que se han visto privados durante los tres primeros años de vida. Otros autores, como PHILIS GREENACRE, LAURETA BENDER, LINDEMAN, etcétera, han estudiado las relaciones familiares de los individuos con un trastorno sociopático de la personalidad que les impide realizar un ajuste social satisfactorio, especialmente en la esfera sexual, hallando que en la mayor parte de los casos se trataba de individuos que en su infancia no habían visto satisfecha su necesidad de amor, bien por tratarse de hijos no deseados, que eran recibidos por parte de los padres —consciente o inconscientemente— como una carga molesta, bien por hallarse los padres excesivamente ausentes del hogar, o por haber resultado deshecho éste a causa de guerra o divorcio, o bien por perturbaciones neuróticas de los padres, etcétera. Inversamente, el estudio de los niños criados en instituciones, en las que no han recibido la necesaria cantidad de afecto, demuestra que, más adelante, se convierten en individuos con los rasgos de agresividad, dificultad de comunicación con los demás, anomalías sexuales, incapacidad de amar, etc., que caracterizan la estructura sociopática de la personalidad.

Las enseñanzas que de estos estudios se derivan en cuanto a la profilaxis de las sexopatías son obvias. El niño ha de ser amamantado por su madre siempre que las condiciones fisiológicas de ésta lo permitan. Debe, pues, desterrarse la costum-

bre —impuesta en numerosas clínicas de “lujo”— de sacar al recién nacido de la habitación de la madre para depositarlo en una sala especial, en donde permanecen todos los bebés y de la cual sólo son llevados a la presencia de la madre a la hora de tomar el alimento. Esta separación precoz —absolutamente antinatural e impuesta por la moda o por un acentuado desideratum de comodidad— representa una frustración de las necesidades afectivas del niño, que más adelante repercutirá fuertemente en el establecimiento de los adecuados vínculos filiales amorosos. En los casos en que ésta carezca de leche, el biberón le será suministrado al niño en la forma lo más semejante posible a como le sería dado el pecho, acunándolo entre los brazos, acariciándolo, etc., debiendo deterrarse por completo la costumbre de dar el biberón al niño sin sacarlo de la cuna, ya que el bebé necesita su ración diaria de estímulos cutáneos, caricias y afecto, tan imprescindiblemente como necesita su ración diaria de calorías. El baño y el cambio de pañales es también un momento importante para el mantenimiento y refuerzo de los vínculos amorosos del niño con la madre.

Un momento muy importante es el del destete, ya que si éste se efectúa de forma brusca y poco cuidadosa, es experimentado por el niño como un abandono o rechazo por parte de la madre, quien constituye el objeto amoroso y el ser al través del cual es posible la relación afectiva con el resto del mundo, por lo cual reaccionará a este rechazo con agresividad y con posteriores dificultades para establecer una adecuada comunicación con los demás individuos que progresivamente irán apareciendo en su ámbito vivencial. El destete será, por tanto, suave y paulatino, constituyendo una medida muy acertada el presentar al niño las papillas y nuevos alimentos inmediatamente antes de ofrecerle el pecho, a fin de que, en el momento de to-

marlo, el niño se sienta ya hartado, y, por sí mismo, cautivado por los nuevos sabores, vaya disminuyendo progresivamente la ración de leche.

Así como hemos subrayado la necesidad perentoria, por parte del niño, de recibir muestras sensibles de afecto, la madre debe evitar que estas manifestaciones externas de amor sean tan excesivas y frecuentes que emoticen al niño y desarrollen la libidinización de zonas extragenitales, tales como las nalgas, boca, epidermis, etc., ya que de ello pueden derivarse distintos tipos de pafilias sexuales.

Dado que el niño empieza a adoptar su papel sexual por identificación con su progenitor del mismo sexo, al mismo tiempo que aprende a establecer relaciones amorosas con el sexo opuesto a través de la vinculación con el progenitor del sexo contrario, es patente la importancia que tal juego de identificaciones y vinculaciones posee en la prevención de las sexopatías. Todo aquello que dificulte estos mecanismos representa un factor patógeno y, como tal, debe ser combatido. En los varones, son causas principales en la dificultad de identificación, las ausencias prolongadas del padre —por ello, después de los períodos de guerra aumenta extraordinariamente el número de homosexuales—, así como la brutalidad y trato desconsiderado por parte de aquél, que hacen aparecer ante los ojos del niño la masculinidad como algo repulsivo y en modo alguno deseable. Es evidente que un niño cuyo padre beba en exceso, dispute violentamente con la madre, etc., se sentirá muy poco inclinado a identificarse con su progenitor. Otro factor que puede conducir a la homosexualidad masculina es la agresividad u odio inconscientes del niño hacia su madre, a causa de la frustración afectiva o abandono a que ésta le haya sometido. El niño que no ama a su madre no puede aprender a transferir este amor a

otra mujer, siendo esta incapacidad una de las posibles causas en la génesis del homosexualismo.

Coeducación

En todas aquellas civilizaciones en las que se ha superado el período de urgente satisfacción de las más elementales necesidades, el comportamiento sexual ha ido sufriendo una progresiva institucionalización, con clara delimitación de los papeles de hombre y de mujer, así como del conjunto de normas de actuación que la sociedad respectivamente les asigna. Al mismo tiempo, las relaciones entre los dos sexos, que en las sociedades más primitivas se limitan a las relaciones copulares y, a lo sumo, a un reparto del trabajo, en el que corresponde al hombre la caza y la guerra, y a la mujer el hogar y las faenas agrícolas, han sufrido una profunda y continuada transformación. Durante el transcurso de la evolución histórica, la psicología femenina y masculina presenta un proceso de diferenciación que hace que la formación del vínculo amoroso heterosexual sea una tarea cada vez más sutil y delicada.

Puede objetarse, ante esta afirmación, que, por el contrario, parece que en el momento actual las diferencias entre los papeles de hombre y mujer tienden a borrarse, ya que la mujer desempeña en nuestro tiempo muchos de los trabajos y oficios reservados antes a los hombres, estableciéndose entre ellos y ellas lazos de camaradería que antes eran desconocidos. Pero, inversamente a lo que pudiera creerse, este fenómeno revela el avance de los procesos de diferenciación sexual en las sociedades cultas. En las sociedades menos evolucionadas, ambos sexos se hallan plenamente de acuerdo sobre el papel que a cada uno de ellos corresponde dentro de la vida en común, dado que los principios fundamentales son compartidos por hom-

bres y mujeres. Por ello, la notable divergencia en el comportamiento y la tarea de cada uno de los sexos no es fruto sino de un mutuo acuerdo, basado en la similitud de conceptos y sentimientos acerca de lo que corresponde a hombres y mujeres según su distinta corporalidad; dicho de otra forma, en tales sociedades existe el convencimiento, plenamente aceptado por todos, de que a cada configuración corporal, masculina o femenina, le pertenece determinado papel y determinada tarea. Por el contrario, al acentuarse las diferencias entre los sexos resulta cada vez más difícil mantener el "satu quo" basado en la mera corporalidad; los sentimientos fundamentales dejan de identificarse y, por tanto, se diluye el común acuerdo sobre el papel que corresponde a cada configuración somática y se produce una mezcla y asimilación de los comportamientos, no porque el parecido tienda a acentuarse, sino precisamente porque la progresiva diferenciación y el distanciador extrañamiento entre los sexos anulan el pacto anteriormente establecido. Este extrañamiento hace que el establecimiento de los vínculos amorosos y la formación de un nosotros heterosexual, tanto en el aspecto físico como en el espiritual, sea algo tanto más difícil de realizar cuanto más evolucionada se halla una sociedad. Así, en los individuos con anomalías sexuales, hallamos constantemente, como denominador común, el deseo y, a la vez, la imposibilidad de acercarse al sexo opuesto y establecer con él la comunicación que ha de permitir la formación de una unidad y la procreación. En estos casos, el acercamiento al otro sexo se realiza al través de formas indirectas y desprovistas de madurez, como son el fetichismo, el visualismo, el froterismo, etc., o queda anulado por completo con subsiguiente canalización del impulso erótico hacia el propio sexo.

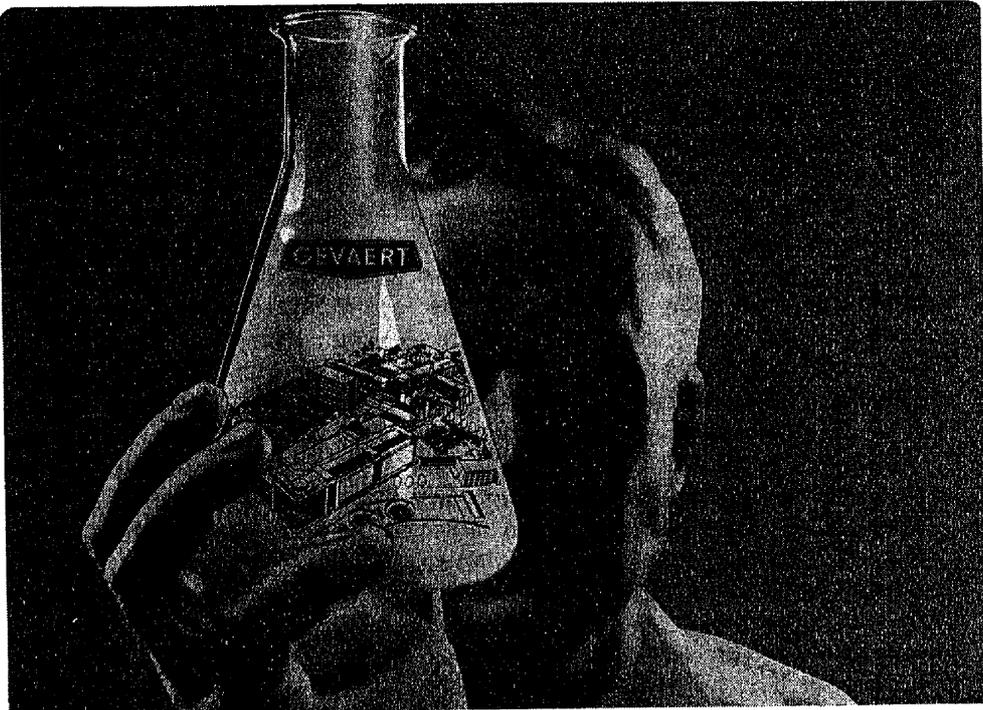
Por lo expuesto se comprende que, en la profilaxis de las sexopatías, una

de las medidas de mayor importancia estribe en reducir en lo posible el extrañamiento y la dificultad de comunicación entre los sexos. La coeducación parcial es el más simple y "fisiológico" procedimiento de que disponemos para facilitar el conocimiento mutuo e impedir que el individuo vivencie el sexo opuesto como algo ignoto, peligroso y excesivamente lejano. Dos son, comúnmente, los peligros que se achacan a la coeducación: la formación de unos seres híbridos, por la imposibilidad de impartir una educación netamente masculina o femenina, cuando los educandos pertenecen a ambos sexos, y el peligro de experiencias sexuales precoces. En cuanto al primer punto, es necesario advertir que tal peligro sólo podría darse en una absoluta coeducación, pero nunca en una coeducación parcial, en la que, al mismo tiempo que existen actividades y enseñanzas conjuntas, se da también la posibilidad de llevar a cabo separadamente los aspectos fundamentalmente masculinos y femeninos de la educación. En cuanto al peligro de las experiencias heterosexuales precoces, debemos decir que existe, sin lugar a dudas, pero que este peligro es muchísimo menor, en cuanto a la frecuencia, que el de las experiencias homosexuales (amor platónico, tocamientos genitales, masturbación mutua, etc.) tan abundantes en toda clase de colegios e internados, ya que la coeducación parcial no supone la convivencia integral (uso de los mismos dormitorios, retretes, vestuarios, etc.), propia de los individuos del mismo sexo, y que es la que estimula y facilita los contactos homosexuales cuando el otro sexo permanece totalmente fuera de la propia esfera vital. Es evidente que el hecho de que niños y adolescentes de ambos sexos asistan juntos a clase y participen en actividades recreativas y culturales no conlleva inmediatamente el peligro de experiencias heterosexuales más que cuando exista una intencionalidad y precoci-

dad en sí mismas fuera de la regla. Por otra parte, aun cuando ambos tipos de experiencias sexuales en el adolescente sean moralmente rechazables, es innegable que una experiencia homosexual, especialmente si es repetida, influirá en forma muchísimo más nociva sobre la personalidad y el ulterior desarrollo sexual que una experiencia heterosexual precoz, desajustada en cuanto a las normas sociales y morales del comportamiento sexual, pero no humanamente patológica. De todas formas, no puede olvidarse que la vida sexual supone siempre un riesgo, y que las posibilidades de fallo y caída se acrecientan en la misma proporción en que aumenta el enriquecimiento y diferenciación de la vida erótico-sexual sobre la pura genitalidad. Intentar negar este riesgo sería reducir la sexualidad a un simple impulso fisiológico como el comer o el dormir.

Ipsación

Es sobradamente conocido que, tras un período durante el cual se achacaron a la ipsación —más corrientemente llamada masturbación— infinidad de males, se ha pasado a otro en el cual se considera a aquélla como un fenómeno completamente normal en el curso de la evolución sexual, así como en aquellas ocasiones en las que falta la posibilidad de contacto con el otro sexo. El punto de apoyo básico para tal afirmación lo constituye la convicción de que la mayor parte de individuos se han masturbado en alguna época de su vida. Sin que nos sea posible en este momento entrar de lleno en el problema de la ipsación, si queremos hacer notar que se produce acerca de esta cuestión una notable confusión entre los dos sentidos del término norma: el estadístico y el imperativo. Si bien es cierto que la inmensa mayoría de los individuos varones y, aproximada-



Investigación y experiencia técnica

La investigación y la experiencia técnica hacen de los radiofilms médicos AGFA-GEVAERT un material radiográfico de primer orden, de propiedades constantes.

Puede tener usted la seguridad de que el radiofilm que hoy día utiliza, puede ser expuesto y tratado con la misma precisión que el de ayer o el de mañana.

Esta calidad constante es también una base sólida e infalible para el establecimiento del diagnóstico.

Es por ello que los radiólogos de todo el mundo dan siempre la preferencia a los radiofilms AGFA-GEVAERT: los

radiofilms de propiedades constantes!

AGFA-GEVAERT suministra el radiofilm adecuado a cada aplicación de la radiografía:

PELICULA CURIX: para uso con pantallas. Película de elevada sensibilidad, gran resistencia al velo de revelado; seguridad absoluta en la pureza de la imagen.

PELICULA SCOPIX B: película radiofotográfica (pantalla fluorescente azul).

SCOPIX G (H.D.S.) SCOPIX G (I.S.): películas radiofotográficas (pantalla fluorescente verde).

DENTUS ULTRA RAPID para las radiografías dentales.

LA EXCELENTE RESISTENCIA MECANICA DE LAS EMULSIONES CURIX GARANTIZA RESULTADOS PERFECTOS EN LAS MAQUINAS AUTOMATICAS DE REVELAR

RADIOFILMS MEDICOS

AGFA-GEVAERT



distribuido por:
GEVAERT ESPAÑOLA, S. A.

mente, el 40 % de las mujeres se han masturbado en algún momento de su vida, y, por tanto, la ipsación cae dentro de la norma estadística, ello no implica que la ipsación sea una etapa obligada dentro de un desarrollo sexual idealmente perfecto, normativo. El hecho estadístico no autoriza, por sí mismo, a extraer conclusiones acerca de lo ajustado de determinado comportamiento sexual. Veremos esto claramente si consideramos que casi todos los individuos se han visto afectados por las enfermedades eruptivas propias de la infancia, pese a lo cual no nos es permitido considerar que la escarlatina o la rubeola representan un estado fisiológico normal dentro del desarrollo del individuo, aun cuando sí se trata de procesos estadísticamente normales. Este sencillo ejemplo sirve para mostrar la falacia en que reposa la supuesta normalidad de la ipsación. Por el contrario, la ipsación juega un importante papel como factor coadyuvante de la homosexualidad, por lo que debe ser tenida muy en cuenta en toda profilaxis de las sexopatías.

Indudablemente, la ipsación es, por su edad de inicio, la primera experiencia orgásmica consciente y voluntariamente buscada, y constituye, durante un largo período de tiempo, la única forma de satisfacción de las pulsiones sexuales. No es de extrañar, por tanto, que intervenga en forma importante en la configuración personal del individuo. Esta experiencia genital se realiza en el propio cuerpo, es decir, en un cuerpo del propio sexo, pudiendo por ello afirmarse que se trata de un esbozo de experiencia homosexual. La repetición del acto ipsatorio da lugar a un conocimiento cada vez más profundo y familiar del propio cuerpo como objeto sexual. Todo lo que de misterioso y perturbador haya podido tener la experiencia sexual en el inicio de la adolescencia queda eliminado ante la seguridad y confianza que el propio cuerpo despierta.

Al mismo tiempo, el hábito de la ipsación produce una introversión del estímulo sexual. En la sexualidad madura, el estímulo que despierta y pone en marcha el impulso lo constituye un individuo del sexo opuesto, cuyos atributos físicos y psíquicos poseen una propiedad particularmente excitante. El ipsador, por el contrario, acude a la ipsación llevado de determinadas sensaciones corporales, localizadas en genitales unas y generalizadas otras, que se reproducen periódicamente una vez ha transcurrido cierto tiempo, variable en cada caso, desde la última eyaculación. Así, pues, la ipsación va independizando progresivamente la actividad genital del estímulo representado por el sexo contrario, puesto que el excitante que impulsa a recurrir a ella parte esencialmente del propio cuerpo, es decir, un cuerpo del propio sexo. A partir de la actividad ipsatoria inveterada, el cuerpo del sexo opuesto se hace extraño y ajeno a la propia sexualidad. Muchos ipsadores masculinos —en las mujeres el problema no es con mucho tan importante— relatan que al intentar sostener relaciones sexuales con una mujer han notado una total falta de atracción hacia el cuerpo femenino —muy distinto al que se les representa durante las fantasías ipsatorias— que da lugar a una impotencia o a la imposibilidad de obtener el orgasmo, y, en los casos en que éste se obtiene, a una descarga muy insatisfactoria en relación con la obtenida mediante la autoerastia.

Así el cuerpo del sexo opuesto aparece como algo inhóspito y desconocido, mientras que el cuerpo del propio sexo produce una impresión de confianza y familiaridad adoptando el papel de objeto dador de placer. En el proceso ipsatorio existe, pues, una actividad genital en espejo, puesto que es uno mismo el que da placer y el que lo recibe, el que acaricia y el que es acariciado. Precisamente en esta actividad en espejo es donde hallamos el paso de

transición de la ipsación a las prácticas homosexuales. No es casualidad que, especialmente en su fase inicial, las actividades homosexuales consistan primordialmente en la ipsación mutua. La mayor parte de los homosexuales se limitan, en las relaciones con su pareja, a la masturbación simultánea o consecutiva, siendo las otras maniobras eróticas —coito anal, cunilinguo, felación, etc.— practicadas en un número reducido de casos y, generalmente, en una fase tardía, excepto en aquellos casos en los que son aceptadas a instancias de un "partenaire" de mayor edad y experiencia.

Al través de la ipsación, el individuo comienza a quedar fijado en el propio sexo, estableciéndose un desdoblamiento funcional de la personalidad mediante el proceso de dar y recibir. Si en los primeros tanteos realizados hacia la búsqueda de la pareja sexual se produce un encuentro con esta imagen en espejo —representada por un individuo del propio sexo— que durante tanto tiempo ha constituido el polo resonador de la actividad genital, existe un número elevado de posibilidades de que este encuentro se revele como seguro, placentero y confiable, en oposición al sentimiento de misterio y angustiosa expectativa que produce el cuerpo del sexo opuesto, con lo que el individuo se siente llamado a instalarse en el propio sexo. En relación con este hecho, es sobradamente conocido por educadores, psiquiatras y médicos legistas, la facilidad con que algunos adolescentes, que hasta aquel momento no habían presentado tendencias homosexuales, se dejan seducir por homosexuales de mayor edad cuando tal seducción implica solamente maniobras de tipo ipsatorio. Esta facilidad, que se suele interpretar como producto de una homosexualidad ya establecida aunque inconsciente, se ve enormemente reforzada por el hecho de que el seductor no hace más que adoptar el papel referencial, ya pre-

parado de antemano en las fantasías ipsatorias de imagen en espejo productora del placer sexual, lo cual libera al adolescente del esfuerzo que supone el desdoblamiento, en parte activa y parte pasiva, de la propia personalidad.

Por lo expuesto, queda claro la necesidad de evitar que la fase ipsatoria alcance una duración e intensidad excesivas. En cuanto a la forma de actuar ante la ipsación, debemos subrayar que todo lo que sea combatirla en forma coactiva resulta inútil y aun contraproducente. Los castigos, amenazas, exposición de los males que de ella se derivan, etc. tan sólo actúan como productores de angustia que, a su vez, exige ser descargada mediante una nueva ipsación. El niño y el adolescente abandonarán la ipsación cuando se les ofrezca una vida lo suficientemente atractiva y plena de sentido para no tener que recurrir a ella, ya que el auto-erotismo inveterado, en la mayoría de los casos, es un mecanismo conducente a compensar las frustraciones repetidas en el despliegue y desarrollo de la personalidad.

Cine y televisión

No puede hablarse de profilaxis de las sexopatías sin dedicar algún comentario al cine y a la televisión, por la gran importancia que alcanzan ambos medios de difusión en el desarrollo personal del adolescente. Es totalmente improbable que un niño o un adolescente se convierta en un perverso sexual por el hecho de contemplar un film en el cinematógrafo o en la pantalla de televisión, no importa cuán "malo" e inmoral sea éste. Sin embargo, no cabe duda de que una constante dieta, una indeclinable reiteración sobre el mismo tema, pueden acabar por surtir efecto, tal como la continua propaganda de la guerra y la violencia termina por influir en la más equilibrada e imparcial de las mentes.

Existen dos temas indeseables que se infiltran de continuo en el cine y la televisión, pese a los esfuerzos de una censura siempre más atenta a la forma que al contenido: la violencia y la explotación del sexo como "glamour". La constante brutalidad sexual hacia la mujer en gran número de modernos films, pongamos por caso, posee un efecto indeseable sobre el psiquismo de los adolescentes, y puede conducir al desarrollo de una sexualidad que tiene más de asalto y agresividad que de amor y afecto. Además, estos films dan la impresión de que un hombre debe ser "duro" —esto es, brutal, insensible y vicioso— a la vez que omiten por completo los aspectos amables, generosos y protectores del amor masculino.

No existe ninguna razón por la que la belleza femenina no pueda ser admirada en el cine y en la televisión, pero, desgraciadamente, ambos han conducido a la glorificación de la "demi-mondaine" y a la implantación de la tesis, informada pero evidente, de que el pináculo de la feminidad se halla en la moderna cortesana (artista de escandalosa vida, continuos divorcios y repetidas aventuras amorosas, "cove-girl", etcétera), más bien que en la esposa y madre. La maternidad, en cambio, es presentada como una aburrida carga a la que se añaden la angustia por la salud de los hijos y el agobio de su educación. No es necesario comentar la perversión de sentido que esto supone. El ser humano obtiene sus más grandes satisfacciones a partir del despliegue auténtico de su propia personalidad y naturaleza, lo que significa que su mujer logra el más esplendoroso desarrollo de su individualidad al través de la maternidad y el cuidado de los hijos. Es totalmente erróneo el intento de confinar a la mujer en los límites del hogar, ya que una verdadera esposa ha de ser algo más que la simple guardadora de la casa, pero es afortunadamente innegable que ninguna

mujer normal desea cambiar la felicidad de un esposo amado, unos hijos sanos y afectuosos, y un hogar estable por las excitaciones de la "poule de luxe", a menos que su mente esté totalmente intoxicada por los efectos de una corrosiva propaganda. Lamentablemente, gran parte del cine actual tienden a fomentar el narcisismo y el uso de la sexualidad como un simple medio de obtener placer con desvinculación de toda responsabilidad, a la vez que busca el éxito comercial al través de la excitación erótica y la pasión por lo morboso.

Sedución por parte de adultos

En un número bastante importante de individuos con trastornos sexopáticos se halla una historia de experiencias sexuales precoces provocadas por adultos, con la consiguiente fijación de una impresión traumática que condiciona el ulterior desarrollo sexual. Es curioso hacer notar que, a pesar de la prevención de los padres hacia las personas desconocidas, reflejada en las múltiples advertencias que se le hacen al niño para que desconfíe de los extraños y no hable con nadie por la calle, etc., los protagonistas de tales asaltos sexuales son prácticamente siempre personas íntimamente relacionadas con el niño, no esos desconocidos cuya hipotética existencia da origen, por los constantes avisos y admoniciones que contra ellos se le hacen al niño, a angustia y temor ante lo nuevo. Son generalmente las criadas o criados, maestros, vecinos e incluso familiares quienes utilizan al niño para maniobras eróticas. Mulcock, en un riguroso estudio sobre 100 casos no seleccionados de asalto sexual en niños, pone de relieve que el 76 % de individuos que realizaron una agresión sexual en niños y niñas, comprendidas entre los 4 y los 15 años, eran ya conocidos de los padres y gozaban de la confianza del

niño por relaciones previamente establecidas como educadores, vecinos, familiares, amigos de la casa, etc. En el 70 % de los casos, el asalto sexual tuvo lugar en el propio hogar o en lugares ya familiares para el niño. Es obvio, por tanto, que resulta de muy poca utilidad decir al niño frases como "no hables con desconocidos", "ten cuidado con los gitanos y mendigos", etc., dado que muy raramente (excepto en los crímenes sadistas) los asaltos sexuales son realizados por desconocidos. Es, en cambio, mucho más útil que la sociedad procure ejercer un cuidadoso control sobre maestros, educadores y, en general, sobre todos aquellos que desempeñan puestos en los que se hallan en contacto con los niños, excluyendo de ellos a todo individuo sospechoso de presentar alguna anomalía sexual. Los padres, por su parte, deberán dirigir su atención sobre aquellas personas que conviven o intiman con el niño —especialmente cuñados, tíos políticos, abuelos en fase de senilidad, criadas, vecinos, etc— en lugar de angustiar al niño con múltiples advertencias.

Necesidad de no inhibir la aparición de los rasgos psicosexuales

A partir de la pubertad aparecen los primeros rasgos psíquicos de la sexualidad consciente e intencionalmente vividos, los primeros sentimientos de atracción hacia el sexo opuesto. En numerosas ocasiones, por razones de una errónea moralidad, angustia de los padres ante el crecimiento e independización de los hijos, o proyección sobre estos de conflictos neuróticos y sexuales no resueltos, la manifestación de estos fenómenos es combatida y censurada como algo pecaminoso y no propio de buena crianza, reprimiéndose los atisbos de femenino coquetería y deseo de agrandar en las chicas, y el viril interés hacia las chicas en los muchachos. En demasiadas ocasio-

nes, padres y educadores consideran la aparición de los rasgos psicosexuales como un acontecimiento insólito y desagradable, llegando a conseguir, con su autoridad, que el adolescente se sienta obligado a esconder su femineidad o su virilidad, y especialmente sus sentimientos hacia el otro sexo, por considerarlos como algo malo y vergonzoso. Así, muchos homosexuales explican que el comienzo de sus experiencias homoeróticas en la adolescencia tuvo como fundamento la vivencia de que las experiencias sexuales con individuos del mismo sexo eran menos censurables e inmorales que los sentimientos eróticos hacia el sexo opuesto. Debido a estas desdichadas actitudes de los padres y educadores, gran número de adolescentes experimentan, en relación con su sexualidad, fuertes sentimientos de culpa, que afectarán la evolución hacia la madurez.

Por el contrario, los padres deben sentirse satisfechos cuando observen los signos de normal interés sexual en sus hijos, y deberían, en cambio, solicitar consejo médico cuando tales signos se hallan ausentes, en lugar de considerar dicha ausencia como síntoma de bondad o de inocencia. Es dudoso si cualquier sospecha de anormalidad sexual puede ser confirmada antes de la pubertad, pero es evidente que toda falta de interés sexual después de la pubertad es patológica y demanda tratamiento. El muchacho, por ejemplo, que no se interesa por las chicas, que manifiesta no haber tenido nunca sentimientos ni sueños sexuales, etcétera, se halla en plena anormalidad y debe ser tratado psicoterápicamente.

Matrimonio en el momento adecuado

Uno de los problemas que en nuestra sociedad repercute desfavorablemente sobre la instauración de una sexualidad normal es el progresivo retroceso de la edad en que los jó-

venes pueden contraer matrimonio. Aunque, como es lógico, la maduración de la sexualidad, en sus aspectos somáticos y psicológicos, ha de haberse alcanzado antes de la edad social y espiritualmente apta para contraer matrimonio, el aplazamiento excesivo de éste, por causas casi siempre económicas, y, aún más concretamente, por la idea anticipada en el varón de que no resulta congruo iniciar relaciones formales con una muchacha dada la imposibilidad de proveer cuando se estará en condiciones de sostener un hogar, puede originar una regresión de la sexualidad y su derivación por otros caminos, tales como la homosexualidad, el fetichismo, el froterismo, etcétera. Naturalmente, esta cuestión escapa al puro campo de acción de la profilaxis médica, excepto en lo que concierne al consejo y clarificación del problema.

En cuanto a la pregunta acerca de la edad más conveniente para contraer matrimonio, no es posible una determinación exacta. La respuesta precisa es la de que debe contraerse matrimonio en el momento en que se haya logrado la suficiente madurez personal para ello, con relativa independencia de las circunstancias externas, mientras que en la actualidad, desafortunadamente, se sigue una regla opuesta, es decir, se contrae matrimonio cuando lo permite

la situación económica, sin tener en cuenta para nada el grado de madurez personal ni el equilibrio sexual ni mental de ambos cónyuges. No se trata, pues, de fijar la edad en que debe contraerse matrimonio, sino de hacer lo posible para que el individuo, que se halla en disposición de iniciar el vínculo conyugal, no vea aplazarse éste indefinidamente por causas económicas. Para comprender todo el alcance del problema adviértase que, generalmente, son las clases de tipo medio las que contraen matrimonio en una época más tardía debido al cúmulo de estructuras y prejuicios sociales artificiosamente levantados alrededor de aquél: boda fastuosa, viaje de novios al extranjero, domicilio con el máximo confort, etc., siempre con el intento de que todo ello corresponda a un nivel superior al que realmente pertenecen los contrayentes: los modestos como acomodados, los acomodados como opulentos. Una simplificación y cristianización del acto formal del matrimonio y de su resonancia social contribuiría a la solución del problema.

Digamos, para terminar, que no nos referimos a la educación sexual en la profilaxis de las sexopatías dado que, por su importancia, este tema merece ser tratado en trabajo aparte.